

Julio y la huerta después de los caballos

Por Raúl Legnani
Urumex80@gmail.com

A las 10 de la mañana de ayer Cristina Richieri, periodista del multimedio plural, me llamó y me dijo que estaban identificados los últimos restos aparecidos en el Batallón 14. De inmediato hablé con mi amigo Roger Rodríguez, quien con la cautela que lo caracteriza me dijo: “Es Julio Castro, pero hay que esperar que se confirme en la tarde”.

Desde ese momento comencé a percibir sentimientos contradictorios. ¿Había razón para sentirse feliz? Eso no lo supe en ese momento y aún hoy no tengo respuesta. ¿Podía la muerte, producto del asesinato, hacer sentir a alguien con algún grado de satisfacción? Sigo sin tener respuesta.

De inmediato recordé que en las horas de la tarde tenía que escribir el editorial de La República y me sentí incómodo. Sabiendo, por cierto, que es en el único medio de comunicación que me iba a aceptar todas mis opiniones y sentimientos, pero soy de los que respetan que los editoriales deben comprender a todo el medio de comunicación y que no pueden, por esa razón, ser escritos en primera persona.

El problema era que yo necesitaba escribirlo en primera persona, lo que contradecía con el estilo editorial. Por ese motivo le solicité a Julio Guillot, responsable de esa sección, que me permitiera escribir a título personal y que para otra oportunidad me incluyera en un editorial. Hecho el “pacto”, voy al tema de fondo.

El asesinato de Julio Castro es una de las más grandes canalladas que se haya conocido, sabiendo. claro está, que todo asesinato es una canallada.

Julio no era un militante orgánico de ninguna organización de izquierda, mucho menos de derecha. Nadie lo pudo involucrar con organizaciones armadas o con aquellas que acumulaban fuerzas de forma pacífica dentro de la legalidad o de la clandestinidad enfrentando a los dictadores.

Fue fundador del Frente Amplio, es cierto. Pero no fue un militante clandestino clásico, sino un pensador liberal, profundamente

vareliano, un hijo de la educación pública uruguaya, que supo dar solidaridad a los perseguidos. Era un muy buen gran tipo.

No tenía secretos, ni pertenecía a organizaciones clandestinas, como ya dijimos. A pesar de ello lo secuestraron y lo mataron. Los asesinaron y tiraron su cuerpo falleciente en un recinto militar, al cual le agregaron cal, para que sus restos no fueran a ser testigos de la verdad.

Los asesinos fueron tan cobardes, seres miserables por donde se los miren, que montaron oficialmente la mentira de que había huido a Buenos Aires. Eso está documentado, pero los servicios de inteligencia de la dictadura hicieron correr el bolazo de que se había jugado “con una de sus amantes”.

Hoy los hechos dicen que no huyó con ninguna amante, lo que no hubiera sido nada grave, sino que le montaron una historia oficial que da asco, para justificar el crimen y su asesinato.

Es que así se implementó el terrorismo de Estado, que no solo fue por la vida de Julio sino también por centenares de uruguayos muertos, presos, torturados y exiliados, que de diferentes formas enfrenaron o protestaron contra la dictadura cívico militar que respondió a los intereses imperiales de Estados Unidos y al grupo oligárquico que se abrió paso a punta de metralleta, para instalar el modelo neoliberal que en nuestro país fue derrotado por el Frente Amplio en 2004 y que hoy está en crisis en los llamados países del primer mundo.

Nuca hablé cara a cara con Julio, pero conocí su obra pedagógica y social. En mi casa, una familia - vista en un sentido muy amplio, fue una radiografía del batllismo- estaba conformada por médicos, maestros y militares, hasta que llegó la revolución cubana y nos puso a cada uno en su lugar.

Como en esa época apenas era un adolescente crecido, no entendía mucho sobre esos nombres que circulaban a la hora de la cena, pero me daba cuenta que Julio y Miguel (por Soler) eran algo importante, cosa que después de haber llegado a la adultez puede confirmar.

Incluso cuando me asilo en la embajada de México me llega, entre otras, una carta de presentación firmada por Julio, donde decía que yo era un fenómeno, lo cual la vida demostró que era absolutamente falso.

Gracias a esa carta y a otras (Enrique Brayer), logré ser el único maestro del exilio que trabajó en la escuela pública mexicana, entre otras cosas porque mi abuelo don Otto Nieman había sido secretario general de un sindicato latinoamericano con sede en México. Digo todo esto porque quiero rescatar esa actitud solidaria de Julio, incluso al borde de la picardía.

La noticia del reconocimiento de los restos de Julio Castro, no pudo ser en el mejor momento. Fue cuando la Asamblea General recibió, transitoriamente los restos del general José Artigas.

Los dos hechos fueron como una cachetada a la hipocresía, por parte de algunos que ocultaron a don José durante décadas y persiguieron a Julio y a Soler por el único delito de pensar, ya en las décadas del 50 y del 60, cuando nadie había tirado un tiro.

Esa época, que se agravó en los 70 por las políticas regresivas de la derecha, la describió muy bien Soler, cuando recordó que Julio dijo que echaron “los caballos sobre la huerta”. Claro que después vinieron las bestias.

Hoy, la huerta, en medio del dolor, ha vuelo a crecer. Y en medio de ella está Julio sonriendo, enseñando, haciendo picardías. Preocupado por la educación rural, por las muchachitas y muchachitos que no se rinden disfrutando de los frutos de la naturaleza. Espero no equivocarme y que este gesto de vida en medio de la muerte le de rumbo y aliento al cuerpo educativo nacional.

*Periodista uruguayo, columna publicada el viernes 2 de diciembre en La República

La ONDA digital
Revista de análisis y reflexión
Montevideo Uruguay